

3º D. ADVIENTO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 11,2-11.

En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras de Cristo, le mandó a preguntar por medio de dos de sus discípulos:

*- ¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?
Jesús les respondió:*

- Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ¡Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí!

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan:

- ¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis, a ver a un Profeta?

Sí, os digo, y más que profeta; él es de quien está escrito:

«Yo envío mi mensajero delante de ti para que prepare el camino ante ti.»

Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista,

RECONOCER LA GRANDEZA DE DIOS

El Evangelio de este tercer domingo de Adviento nos habla de Juan el Bautista que, desde la cárcel en la que se encuentra, envía a sus discípulos a preguntar a Jesús: «*¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?*». Y es que al oír hablar de las obras de Jesús, a Juan le asalta *«la duda»* de si realmente es el Mesías o no. De hecho, él pensaba en un Mesías severo que, al llegar, haría justicia con fuerza castigando a los pecadores.

Jesús, en cambio, tiene *«palabras y gestos de compasión»* hacia todos. En el centro de su acción está la misericordia que perdona, por lo que *«los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva»*

Juan el Bautista, desde la oscuridad de la cárcel, *«no logra reconocer a Jesús como el Mesías esperado»* y, asaltado por la duda, envía a dos de sus discípulos a verificar: *«Id a ver si es el Mesías o no»*. Llama la atención que esto le suceda precisamente a él, que antes había bautizado a Jesús en el Jordán y lo había anunciado a sus discípulos como *«el Cordero de Dios»*.

Esto nos pone sobre la pista de que *«también el creyente más grande atraviesa el túnel de la duda»*. Y esto no es un mal, es más, a veces es necesario para el crecimiento espiritual. Nos ayuda a entender que *«Dios es siempre más grande de como lo imaginamos»*. Las obras que realiza son sorprendentes respecto a nuestros cálculos. Su acción siempre *«supera nuestras expectativas»*. Por eso no debemos dejar nunca *«de buscarlo y de convertirnos conforme a su verdadero rostro»*.

Un gran teólogo, el jesuita Henri de Lubac, en su obra *«Por los caminos de Dios»*, dice que *«a Dios hay que redescubrirlo por etapas y, a veces, creyendo que lo pierdes»*. Y eso es precisamente lo que hizo el Bautista, *«ante la duda, lo busca, lo interroga y finalmente lo descubre»*.

La búsqueda de Dios es *«inherente al ser humano»*, pero esa búsqueda está llena de caminos tortuosos, desafíos intelectuales y experiencias vitales que requieren *«un esfuerzo constante de la razón y del corazón»* para mantener la dirección.

Juan, definido por Jesús como el mayor entre los nacidos de mujer nos enseña a «*no cerrar a Dios en nuestros esquemas*», a no caer en «*la tentación de hacernos un Dios a nuestra medida*», un Dios para usarlo. Dios es otra cosa.

También nosotros a veces podemos encontrarnos en la situación de Juan, en una cárcel interior, «*incapaces de reconocer la novedad del Señor*», prisioneros de la presunción de saberlo todo sobre Él. Y es que «*nunca se sabe todo sobre Dios*». Quizás tengamos en la cabeza un Dios poderoso, que hace lo que quiere, en vez del «*Dios de la humildad, de la misericordia y del amor*», que interviene siempre respetando nuestra libertad y nuestras elecciones.

Quizá nos surge también a nosotros decirle: «*¿Eres realmente Tú, tan humilde, el Dios que viene a salvarnos?*» Y puede sucedernos algo parecido también con los hermanos: tenemos nuestras ideas, nuestros prejuicios y ponemos a los demás, especialmente a quienes sentimos diferentes, etiquetas equivocadas e injustas.



El Adviento es, pues, un «*tiempo de cambio*» de perspectivas, un tiempo para «*dejarnos asombrar por la grandeza de la misericordia de Dios*». Dios siempre asombra. El Adviento es un tiempo en el que, preparando el belén para el Niño Jesús, «*aprendamos de nuevo quién es nuestro Señor*». Un tiempo para soltar ciertos prejuicios hacia Dios y los hermanos. Es un tiempo en el que, en vez de pensar en regalos para nosotros mismos, «*ofrezcamos palabras y gestos de consolación*» a quién está herido, «*como hizo Jesús*» con los ciegos, los sordos y los cojos.

Que la Virgen, como madre, nos tome de la mano en estos días de preparación a la Navidad y nos ayude a «*reconocer en la pequeñez del Niño la grandeza de Dios, que viene*». ¡Que así sea!